La Política impura

Seyla Benhabib.

Eugene Meyer Catedrático de Ciencias Políticas y Filosofía, Yale University

Ha quedado claro que desde el 11 de Septiembre enfrentamos una nueva forma de lucha que amenaza con disolver las fronteras de la política en las democracias liberales. La red de terror de Osma Bin Laden y sus diferentes ramas en Egipto, Pakistán, Malasia, Indonesia, Argelia y entre los grupos islamitas en Europa occidental, crece, de manera más arraigada y sofisticada de lo que se creía. Los ataques desencadenados por estos grupos (y sus simpatizantes potenciales en los Estados Unidos y Europa entre los Neo nazis y Supremacistas blancos), especialmente el uso de un arma biológica ántrax para contraminar a la población civil a través del correo, indica un nuevo fenómeno militar y político que desafía el marco de la política estatal.

Los historiadores siempre nos advierten que la voluntad sin precedentes resulta tener algunos precursores en alguna parte y que lo que parece nuevo hoy parecerá antiguo cuando sea considerado frente a los antecedentes de una extensión de tiempo mayor. Sin embargo "pensar lo nuevo" en la política es vocación del intelectual. Esta es una tarea en las que las luminarias como Susan Sontag, Fred Jameson y Slavoj Zizeck, que han tomado está oportunidad para reciclar los tan desgastados clichés de los años 60 sobre el imperialismo y la hegemonía occidentales, nos han fallado al interpretar estos acontecimientos a lo largo del tan usado paradigma de una lucha antiimperialista por "los desdichados de la tierra"[1]. Al rechazar las dinámicas y luchas internas dentro del mundo islámico y la historia de conflictos regionales en Afganistán, Pakistán, India y Cachemira, estos análisis nos aseguran que podemos continuar considerando al mundo a través de nuestras usuales categorías y que al culpar a la políticas y acciones de los gobernantes occidentales, podemos librarnos de la

animadversión y odio que está dirigido hacia nosotros como miembros de tales sociedades occidentales. Estos análisis no nos ayudan a considerar la naturaleza sin precedente de los acontecimientos surgidos a partir del 11 de septiembre, ni a apreciar la dinámica interna dentro del mundo musulmán que los provocó.

La línea entre los objetivos militares y civiles, entre las poblaciones militares y civiles, fueron borrados durante los bombardeos aéreos de la Segunda Guerra Mundial. Esto no es lo nuevo en el 11 de septiembre. Frente a una movilización total de la sociedad, iniciada por el fascismo y Socialismo Nacional, fueron las democracias del mundo y no algún grupo terrorista marginal oculto en las montañas de Afganistán quienes cruzaron la línea e iniciaron la "guerra total". La población civil en masa se convirtió en rehén del enemigo, como durante el bombardeo de los Nazis a Londres y el de los aliados a Dresden, Hiroshima y Nagasaki.

En 1950, la guerra de Argelia marcó una nueva variación en este proceso de borrar la línea entre el frente y el hogar, el soldado y el civil. La resistencia argelina contra los franceses tenían como objetivo destruir la normalidad de la vida cotidiana de los civiles de la población ocupada. Al destruir a los residentes franceses de los cafés argelinos, mercados y estaciones, la Resistencia no sólo les recordó que eran el enemigo sino que también podían tener una vida normal bajo condiciones de ocupación colonial. Desde ese tiempo, este tipo de terror (que pelea contra armas militares y técnicas superiores de un enemigo más poderoso destrozando la estructura cotidiana mediante la interrupción de las rutinas diarias y la transformación de cada parada de autobús o de tren, cada calle, esquina o lugar de reunión en un blanco potencial (se ha convertido en una de las "armas favoritas del débil"). La estrategia de este tipo de lucha es volver tan insoportable la vida de los enemigos civiles para que se den por vencidos aún si gozan de un poder militar superior. La Intifada palestina al menos en parte sigue el modelo argelino: al crear las condiciones de temor constante,

inseguridad y violencia en la tierra palestina, tiene como objetivo destruir la determinación de la población civil israelí de continuar con una vida normal[2]. En los años recientes, infiltrados del grupo islamita como los Hamas y los Hezbolá en las filas de los palestinos y la extendida práctica de "bombardeos suicidas" también están cambiando la naturaleza de la Intifada.

El bombardeo al Centro Mundial del Comercio y al Pentágono es diferente a la guerra total librada en la lucha contra el fascismo y el terrorismo contra el ocupante iniciado por los argelinos. Estos ataques perpetrados en contra de la población civil en su propia tierra y en contra de un país que no se encontraba en estado de hostilidad con los atacantes, no solamente desafía todas las categorías de las leyes internacionales sino que también reduce a la política a símbolos apocalípticos. Hasta que Osma Bin Laden reveló este escueto video celebrando el 11 de Septiembre, este hecho *no* tenía un nombre político. ¿A nombre de quién o para quién estaban actuando? ¿Cuáles eran sus exigencias políticas? Las breves referencias al destacamento de tropas norteamericanas en Arabia Saudita, a las sanciones de Estados Unidos contra Irak y al apoyo que éste da a Israel fueron expuestas en un lenguaje de "jihad" (guerra santa) y confundidas por las alusiones a la pérdida de la gloria del Islam en siglo XIII por la pérdida de "al Andalus" (de España) frente a los cristianos. Mientras se concibe que el terror palestino puede terminar un día si Israel se retira de Cisjordania ocupada, los prisiones de guerra palestinos liberados encontraron un asentamiento para refugiados y de alguna manera resolvieron el asunto de Jerusalén, no es claro lo que podría terminar la "Jihad" de Osma Bin Laden contra los Estados Unidos y sus aliados. Para ellos es una guerra de santa venganza, una guerra designada a humillar al poderoso Satán en Nueva York y Washington convirtiendo las armas de alta tecnología en contra de la sociedad que las creó.

El resultado es una sublime combinación de brujería de alta tecnología y atavismo moral y político que alguien llamó “jihad on line”. Pero esta política impura amenaza con deshacer las distinciones morales y políticas que deberían gobernar nuestras vidas, distinciones entre enemigo, amigo y algún transeúnte; culpabilidad, complicidad y responsabilidad; conflicto, combate y guerra. Tenemos que vivir así, aún si algunos no pueden.

Una de las más duras disputas tras el 11 de Septiembre fueron que aún si los ataques al Centro Mundial del Comercio y a Washington igualaron los daños en una guerra causados a los civiles y a las propiedades, la deliberación y precisión con la que fueron llevados a cabo, y el descaro con el que quebrantaron las normas aduaneras, legales, internacionales y morales, el Congreso de los Estados Unidos no podría en realidad declarar la guerra, no porque el enemigo era aún desconocido sino porque un estado sólo puede declarar la guerra contra otro estado. La idea que un estado democrático le declarara la guerra a una red mundial de simpatizantes organizados por todos lados en una causa religiosa y civilizacional, forzó todas las categorías de las leyes internacionales con los que el mundo ha vivido desde 1945, y en los que las naciones estado son los principales actores reconocidos. Por eso la actual acción militar en Afganistán no ha sido precedida por una declaración de guerra, por el contrario el Congreso ha autorizado al Presidente a que haga todo lo que sea necesario para luchar contra la red internacional del terror y llevar a la justicia a los acusados. Pero el Congreso no ha declarado la guerra contra el Talibán (que muchas naciones no reconocen como régimen legítimo) ni contra el pueblo afgano. Es como si el territorio, la tierra de Afganistán fuese nuestro enemigo, en el sentido que esta tierra ofrece un santuario y una base de operaciones para uno de los más grandes fugitivos de nuestros tiempos (Osama Bin Laden). Irónicamente, los afganos están cautivos y prisioneros de aquel que opera en su territorio y a quien el Talibán ha dado refugio. Afganistán es una nación estado decadente o ineficaz y esta condición de decadencia nos permite entender más vívidamente los principios

de soberanía nacional que han regido las relaciones internacionales desde la Segunda Guerra Mundial.

Recordemos aquí la definición clásicamente modernista de estado de Max Weber: “el monopolio legítimo sobre el uso de la violencia en un territorio reconocido y delimitado[3]”. La categoría de estado moderno está basada en el acoplamiento de los principios de monopolio territorial, administrativo y militar, incluyendo el uso de la violencia y la legitimidad para hacerlo. Cuando los estados decaen, se disuelven o separan entonces estos principios se dividen. Su territorio puede convertirse en un terreno montado no sólo para las operaciones de lucha de guerrilla sino también para tráfico de drogas, producción de armas, contrabando y otras actividades ilícitas, entonces las competencias militares y administrativas son superadas por unidades a un nivel subestatal como caudillos, comandos, caciques tradicionales y líderes religiosos; y la legitimidad pierde su calidad representativa pues ya no hay un pueblo unificado a cuya voluntad se refiere o difiere, la legitimidad surge del cañón de un arma o de otras fuentes de visiones mundiales ideológicas supra o subnacionales, ya trátese de raza, religión o civilización

Las naciones estado decadentes y débiles del mundo contemporáneo poseen similitudes así como diferencias con los regímenes totalitarios de mediados del siglo veinte. El colapso de la administración de la ley, la destrucción de instituciones representativas y democráticas; la calidad de penetrante de la violencia y la universalización del temor son características de ambas formas de Estado. Sin embargo, los regímenes totalitarios de mediados del siglo veinte, en ocasiones dirigieron “el movimiento” contra la burocracia estatal y por lo general fortalecieron y reconstruyeron el estado volviéndolo servil a sus ideologías. Pero los estados postmodernistas y casi feudales de hoy en día como Afganistán, Chechenia, Bosnia y Ruanda surgieron como resultado no del fortalecimiento sino de la destrucción de la unidad

territorial y administrativa del Estado en nombre de las subunidades que están conectadas a nivel mundial. Como nos mostró Hannah Arendt, los movimientos totalitarios también tienen ambiciones de globalización pues buscan ideologías supranacionales como el pangermanismo y paneslavismo[4]. Aunque las ideologías de los movimientos terroristas de hoy son tanto grandes como pequeños en rango en vez de la ideología de la unidad lingüística o cultural entre las naciones eslavas o germánicas, por ejemplo, ahora estamos tratando con ideologías dirigidas a tribus, etnias o a una visión de una comunidad de creyentes que los transciende, concretamente el *Islamis umma de los fieles*. La nueva unidad de totalitarismo es la celda del terrorista, ni la parte ni el movimiento, la meta de esta nueva forma de guerra no es sólo la destrucción del enemigo sino la extinción de una forma de vida. *El surgimiento de agentes no estatales capaces de librar la destrucción a un nivel, hasta fecha, imaginado sólo en las provincias de los estados y el surgimiento de una visión ideológica supranacional con un contenido político y moral indefinible, que puede apenas ser satisfecho por las negociaciones y tácticas políticas comunes, son los aspectos sin precedentes de nuestra nueva condición.*

Con este comentario no atribuyo una racionalidad y normatividad que supere la utilización de la violencia por parte del estado. El terrorismo estatal también puede ser brutal, injusto y no tener piedad (¡recuerden la guerra del Estado Yugoslavo contra los Bosnios y los Kosovares albaneses!). Sin embargo lo que quiero enfatizar es que en las democracias liberales, el monopolio que el estado alega se encuentra por encima del uso de los medios de violencia, está siempre en principio, si no en hecho, sujeto a la administración de la ley y de la legitimación democrática por la ciudadanía. Estas restricciones internas sobre el uso legítimo de la violencia son llevados al campo internacional, donde los estados soberanos se obligan a limitar el uso de la violencia al suscribir pactos, tratados, asociaciones, etc.

El fin del mundo bipolar de la Guerra Fría trajo consigo no sólo la multipluralidad sino también la sociedad global en la que los actores no estatales han surgido como piezas poseedoras de medios de violencia pero que no están sujetos a restricciones comunes de las leyes internacionales y tratados. Todos los tratados que hasta la fecha han regido la prohibición del uso de armas biológicas, químicas y nucleares, se han vuelto irrelevantes: aquellos que las utilizan nunca han sido sus signatarios. Además, al no ser reconocidos como entidades políticas legítimas, estos grupos no tienen obligación ni responsabilidad alguna con las poblaciones dentro de las cuales operan y que los protegen. Supongamos que Osama Bin Laden y su grupo poseyera mísiles scud con ojivas nucleares, que pueden haber obtenido de Irak o de la Mafia Rusa o de traficantes de armas. Supongamos que empiezan a perder terreno en la actual guerra. ¿Qué los detendría de lanzar estos mísiles contra los centros poblacionales en Afganistán, Pakistán, India o Israel, si es que esto les serviría de algo? Ya que no representan a la población, el daño colateral que causarían aún a sus propios aliados y simpatizantes no les preocupa. Considerando que grupos terroristas como el vasco ETA e IRA que están todavía regidos por cierto sentido de la proporción en el daño que causan y en la violencia que infringen a la que están comprometidos, con el objetivo de no perder toda simpatía por su causa en la opinión pública mundial, estas nuevas redes del terror no están motivadas por metas políticas previsibles análogas a las de independencia de la tierra vasca de España y Francia, el retiro de la población irlandesa católica y la unidad de los protestantes del Reino Unido y similares. Estos grupos tampoco están luchando por los corazones y mentes de Occidente al buscar la conversión de la población al Islam y al estilo de vida islámico. La “Jihad” que también significa la lucha del alma consigo misma para llevar la vida virtuosa como lo dicta el Corán[5], cuando era practicado por los ejércitos islámicos en los siglos después de la muerte de Mohammad (632 DC), con el objetivo de conquistar la tierra de los infieles para forzar su conversión al Islam. Las personas de todas las razas, colores, etnias y lenguas podrían convertirse al Islam o

volverse “buenos musulmanes”. Es esta opción de la conversión que ha convertido al Islam en la religión Abrahámica más grande del mundo e irónicamente, es esta ausencia de la misión de la conversión que sorprende en la nueva jihad.

La nueva Jihad no es solamente apocalíptico; es nihilista. La declaración de Osama Bin Laden sobre que sus hombres aman la muerte tanto como los norteamericanos aman la vida es una expresión de supernihilismo. Se evidencia la erotización de la muerte por un lado con los vulgarismos frecuentemente escuchados sobre las huris, las vírgenes de ojos oscuros que deben encontrar a los guerreros en el más allá, pero por otro lado y mucho más importante, con la admiración de la destrucción del cuerpo de uno en un acto supremo de violencia que lo desmiembre y pulverice. Los seres humanos han muerto a lo largo de los siglos por las causas en las que creían, para salvar a sus seres queridos, para proteger su país o sus principios, para salvar la fe, para ejercer la solidaridad, etc. Pero el surgimiento de bombardeos suicidas entre los grupos islamitas a una escala masiva es sorprendente. Como muchos eruditos académicos han señalado, no existe justificación teológica alguna para esto: una cosa es morir en una guerra y otra es hacer un arma suprema con la destrucción de nuestro propio cuerpo junto con aquellos de otros. Para acabar con tales olas de “bombardeos suicidas”, las autoridades de Israel recurrieron a una práctica atávica: anunciaron públicamente que enterrarían los restos de los bombarderos suicidas en mortajas de piel de cerdo (un animal que es considerado “haram” o tabú por los judíos y los musulmánes) y así prevenir su asunción al cielo según la fe islámica. Es difícil entender cómo hombres de la sofisticación de Muhammad Atta y otros que han vivido en capitales europeas y de Occidente, y que han asistido a universidades, bares, cines y burdeles, pueden creer en el más allá. Personalmente, lo dudo. No sólo está claro que la versión estricta del Islam (Wahabistas) a la que Osama Bin Laden pertenece, no es compartida por todos dentro de su propio grupo, sino que la Hermandad Egipcia que fue la organización

original para muchos filósofos islamitas en la década del 50, tiene su propia versión de las cosas, como lo tienen los miembros de la red del terror argelino. Estas redes de jóvenes militantes que trotaron por el mundo desde Bosnia a Afganistán, desde París a Indonesia, Bagdad, Hamburgo o Nueva York son también soldados Islámicos de fortuna, no en busca de riquezas sino en busca de una confrontación decisiva y esquiva con la muerte. Con respecto a esto, guardan más una semejanza con las sectas chilistas entre las religiones mundiales que con los ejércitos musulmánes de umayyad, abasidas u otomanos. Cuando no están utilizando de manera amable a los gobiernos musulmanes y su hospitalidad para sus propios propósitos, estos grupos son una clara amenaza a cualquier forma de autoridad establecida (que puede ser una razón por la que los sauditas retiraron la ciudadanía a Osama Bin Laden volviéndolo un fugitivo internacional).

Como en el siglo pasado, frente a una forma nueva de totalitarismo, las democracias confrontan desafíos únicos. La presencia de un enemigo que no es ni un adversario militar ni un agente representante de un estado conocido, crea una confusión con respecto a que si es la policía, el ejército y otras agencias que hacen cumplir la ley quien debe dirigir la investigación y la lucha (las líneas entre actos de crimen y actos de guerra se vuelven difusas). El concepto de “enemigo interno”, que está siendo promovido en contra de “grupos sospechosos” mediante la vigilancia, interceptación telefónica y un control de inmigración más estricto, no es algo con que las democracias puedan vivir. La categoría del terrorista como un “enemigo interno”, es decir alguien que vive entre nosotros, y eso si no es uno de nosotros, fuerza a la comunidad democrática a revelar que la administración de la ley no es del todo inclusiva y que la violencia merodea en los bordes de la normalidad cotidiana. Nuestro pensamiento sobre los extranjeros, refugiados y asilados es empañada por la imagen de los demás como enemigos potenciales; el “otro” se convierte en criminal. Estamos en un momento de la historia en que el sistema estatal esta decayendo: el terrorismo

internacional y la formación de una economía global y una sociedad civil son parte de la misma vorágine. Pero nuestras leyes así como instituciones, costumbres y alianzas están regidas por términos estatales que presuponen la unidad de territorialidad, el monopolio sobre el uso de los medios de violencia, y el logro de la legitimidad mediante las instituciones representativas. Obviamente es tremendamente irónico que el Presidente Bush que defendía una nueva versión del unilateralismo y aislacionismo americanos y que denunció la construcción una nación, se encuentre ahora apoyando acciones multilaterales con aliados como Pakistán, Arabia Saudita y Siria cuya legitimidad democrática es muy cuestionada, y también se encuentre reconstruyendo un gobierno post Talibán en Afganistán. ¿Podemos encontrar respuestas a este nuevo reto que romperá los círculos viciosos de la violencia, incomprensión, represión en casa y en la guerra en el extranjero?

Aunque los ataques han sido hasta ahora dirigidos contra los Estados Unidos, y aunque se les justifique bajo las leyes internacionales la invocación al derecho de auto defensa para justificar la guerra actual[6], los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN han recurrido a la cláusula de seguridad colectiva y el artículo 5 de la OTAN que garantiza la seguridad de cada miembro de la alianza. Apoyo este plan de acción y aprobaría el llamado del Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan para la declaración del terrorismo como “crimen contra la humanidad”, y juzgarlos a los terroristas, siempre y cuando sean capturados, ante un tribunal internacional. Además, la Asamblea General de las Naciones Unidas debería condenar el régimen del Talibán por cometer crímenes contra la humanidad, no sólo por ocultar a Osama Bin Laden y sus hombres, sino por la manera como el Talibán ha pisoteado los derechos humanos de sus propias mujeres. No existe razón alguna para que los derechos humanos de la mujeres a ser educadas, a trabajar, a caminar por las calles y a vestirse como les plazca deban ser considerados menos sagrados ni menos importantes en la necesidad de defensa que los derechos de las minorías étnicas. En respuesta a los

acontecimientos del 11 de Septiembre y a las amenazas futuras, deben invocarse respuestas multilaterales que gocen de una legitimidad cultural y que reflejen algo de las nuevas formas de leyes internacionales (como los crímenes contra la humanidad o genocidio, como son definidos en el estatuto romano del tribunal penal internacional).

Obviamente (y esto no puede ser dicho lo suficientemente claro por los ciudadanos de las democracias occidentales), se necesita una revisión radical de la política de los Estados Unidos y de la OTAN frente al mundo árabe y el sur de Asia central. Los Estados Unidos y sus Aliados deben dejar de apoyar a dictaduras militares y a los conservadores religiosos en estas áreas simplemente para asegurar las provisiones de petróleo. Se deben apoyar los movimientos democráticos en las crecientes sociedades civiles de países como Egipto, Turquía, Jordania y el nuevo Irán; los Shiítas en Irak y los Baha'is así como los Azeris en Irán. Esfuerzos análogos al Plan Marshall en la Europa de la postguerra o la Fundación de Soros en Europa del Este deben ser desarrollados y promovidos en regiones enteras. Pero aún si se asumieran todos estos puntos, creo que una lucha más desalentadora y un malestar civilizacional está descubriéndose ante nuestros ojos.

2

Como muchos han notado (inclusive el ex Primer Ministro Pakistaní Bernazir Bhutto), los acontecimientos del 11 de septiembre parecieron en un principio ofrecer una confirmación tardía de la famosa tesis de Samuel Huntington sobre el enfrentamiento de las civilizaciones. Huntington escribió: "Mi es hipótesis que la fuente fundamental de conflictos en este nuevo mundo no será ni fundamentalmente ideológico ni económico. Las grandes divisiones entre las naciones de la humanidad y la fuente dominante del conflicto será cultural. Las naciones estado seguirán siendo los actores más poderosos en los asuntos mundiales pero el

principal conflicto de la política mundial ocurrirá entre las naciones y grupos de diferentes civilizaciones. Las líneas de defectos entre las civilizaciones serán las líneas de guerra del futuro[7]". Proveniente de una comprensión holística de las culturas y civilizaciones (términos que él mismo a veces confundía y otras distinguía), Huntington era incapaz de diferenciar una "civilización" de otra, con la consecuencia que a parte del "oeste y el resto", no pudo especificar cuántas civilizaciones habían y cómo se les diferenciaba[8]. Edward Said señaló que Huntington cerraba las civilizaciones y las identidades, las entidades cerradas que han sido limpiadas de miles de corrientes y contracorrientes que animaban la historia humana y que por siglos hicieron posible que la historia no sólo contenga guerras de religión y conquistas imperiales sino también intercambio, fecundación cruzada y repartición[9]".

Precisamente debemos prestar una gran atención a esta historia de la fecundación cruzada (intercambio y confrontación) entre la cultura Islámica y Occidente. Uno de los principales pensadores del movimiento islamita[10], Sayyid Qutb, un egipcio que estudió filosofía en Francia y visitó por poco tiempo los Estados Unidos, desarrolló una crítica civilizacional de Occidente por su corrupción, frialdad, crueldad e individualismo. Su crítica resuena con temas desde los trabajos de Nietzsche y Heidegger, de Adorno y Horkheimer y sus contemporáneos partidarios de cooperativas[11]. Describió la actual condición de occidente como uno de los "*jahiliyya*", una falta de conocimiento y una condición de ignorancia, los islamitas defienden el regreso a la ley coránica (la *shari'a*) y los preceptos musulmanes para combatir contra la corrupción del estilo de vida occidental. Para combatir la condición de *jahiliyya*, es necesario rebelar y establecer una contra comunidad (jama'a) y expandirla a través de la *jihad*[12]. A menudo la lucha islamita en contra del *jahiliyya* tomó la forma de una lucha en contra de las autoridades establecidas en sus propios países y sus políticas occidentalistas "corruptas".

Este enfrentamiento dentro de los países islámicos entre las fuerzas religiosas islamitas y las modernizadoras como Kemal Atatuerk en Turquía, Habib Burgiba en Tunicia, Gemal Abdel Nasser, Anwar Sadat y Hosni Mubarek en Egipto, el depuesto Reza Shah Pahlavi en Irán y aún Saddam Hussein en Irak, y las fuerzas religiosas islamitas son grandes, profundas y poderosas. Los antecedentes de los modernizadores en estos países generalmente son más militares que civiles y mediante la transformación de una de las pocas instituciones intactas del antiguo régimen (concretamente la burocracia militar) en un instrumento de poder político y hegemonía, han consolidado su autoridad, a menudo con un limitado apoyo popular e instituciones democráticas. A lo largo del mundo árabe islámico, ha perdido terreno este paradigma de la **modernización militar**, en el cual Siria e Irak han participado mediante los regímenes de Ba'ath en la década del 70. La derrota del ejército egipcio en manos de Israel durante la Guerra de los Seis Días y la ocupación israelí de los Altos del Golán y Cisjordania dejaron un recuerdo de estos países en la elite militar, pero no de la difícil situación de los palestinos a quienes masacraron y oprimieron según sus intereses (recuerden el septiembre negro en Jordania en 1970, en el cual los palestinos fueron asesinados por miles; o la persecución de los palestinos por los sauditas porque apoyaban a Saddam Hussein durante la Guerra del Golfo), pero sí del fracaso de sus propios truncados proyectos de modernización. Israel es la espina clavada en la espalda de estos regímenes, cuya sola presencia es un recordatorio sangriento de su propio fracaso para modernizarse en el ámbito militar, tecnológico y económico.

El resurgimiento de movimientos islámicos se entiende mejor a la luz del fracaso de muchas de estas sociedades para tener éxito en la combinación de una economía próspera, con la democracia política y una identidad musulmana[13]. El Islamismo surge como un proyecto civilizacional posible, no sólo en contra de Occidente, sino en contra del fracaso de las elites occidentalistas que se habían arreglado para importar una modernidad truncada a sus

propias sociedades. Algunas de estas elites modernistas se han considerado “socialistas” de masas. El régimen de Ba’ath en Siria e Irak y aún el tipo de panarabismo considerado por Nasser a inicios de la década del 60, defendía fuertes medidas económicas de retribución, construyó grandes sectores públicos (en instalaciones de propiedad del Estado, por ejemplo) y practicó lo podría ser llamado “modernización estatista” de lo anterior. El deceso de la Unión Soviética ha dejado a estos estados sin patrones. ¿Debemos recordarnos que la movilización del *mujahideen* islamita en Afganistán empezó en contra de la invasión soviética al país en 1973: una invasión que los soviéticos realizaron para apoyar a sus propios partidarios, los izquierdistas *fedayyeen* ?

El colapso de un socialismo realmente existente y el fracaso de una modernización dirigida por el estado ha creado un enorme vacío en la vida ideológica de estas sociedades. Y los fundamentalistas islámicos se han apresurado para llenar este vacío. Osama Bin Landen es el miembro más espectacular de una larga cadena de críticas en el mundo islámico, quien ha expandido sus luchas locales en contra de sus propios regímenes autoritarios y corruptos (Nasser prohibió la Hermandad Musulmana y colgó a algunos de sus líderes) hacia el exterior, hacia un enemigo externo.

3

Quiero terminar con una pregunta de Max Weber: ¿cuáles son las direcciones que toma el repudio religioso del mundo y por qué[14]? Existe un conflicto fundamental entre la modernidad capitalista y secular conducida por el lucro, la conveniencia, el individualismo y las visiones globales éticas de las religiones del mundo. Las visiones religiosas globales predican varias formas de abstinencia, renunciación a las riquezas, búsqueda de la virtud en el camino de Dios, el ejercicio de solidaridad entre los miembros de la fe, y la disciplina cotidiana para

hacer el trabajo del Señor. Weber se preguntó ¿Qué es lo que permite a algunas interpretaciones religiosas del mundo hacer las paces con el nuevo mundo de modernidad? Para Weber la ética protestante mostraba su “afinidad selectiva” hacia el capitalismo transformando la búsqueda metodológica y abstinente del trabajo y el lucro en este mundo. Este proceso ha tomado muchos siglos y no todos los primeros cristianos modernos aceptaron esta lógica: movimientos milenarios que rechazaron el control capitalista de la vida cotidiana a favor del lucro y trabajo disciplinado acompañaron el crecimiento de la modernidad occidental.

La transformación protestante (especialmente la Calvinista) de la salvación religiosa en una vocación terrenal de trabajo duro al servicio de un Dios impredecible, es uno de los muchos caminos que ha tomado la adaptación religiosa con el mundo. También es posible separar los ámbitos mundanos y religiosos de tal manera que uno se retire totalmente del compromiso con el mundo; la abnegación religiosa del mundo sigue siendo una opción. Una tercera opción (además de comprometerse o retirarse) es *compartimentar* separando los ámbitos de vida, que se encuentran bajo los dictámenes éticos de la religión, de aquellos como los ámbitos públicos de la economía que no se encuentran bajo estos dictámenes. En el mundo islámico, se practicó tal separación estricta del cumplimiento religioso (en el dominio de la vida familiar y las costumbres diarias de oración, limpieza, comida y sexualidad) del ámbito de la economía en el “bazar” (el mercado). Separar el hogar del mercado fue posible con la práctica de la tolerancia islámica con las otras religiones Abrahámicas, como el Judaísmo y Cristianismo. Los otomanos adoptaron este modelo de separación de ámbitos y permitieron que una amplia selección de grupos étnicos y personas, a los que dominaron, gobernaran ellos mismos sus propios asuntos comunales según sus propias tradiciones religiosas y hábitos (el tan llamado sistema de mijo). La modernización global está destruyendo el frágil equilibrio entre estos ámbitos separados; esto puede

explicar a su tiempo la preocupación obsesiva de controlar la sexualidad femenina que muestran todos los grupos islamitas.

La modernización técnica que trae consigo los artilugios de la modernidad como computadoras, videos, DVDs, teléfonos celulares, antenas satelitales, no son amenazas para los islamitas[15]. De hecho, existe una explotación implacable de estos nuevos medios para transmitir un mensaje propio a uno de nuestros creyentes. Tampoco el capitalismo financiero es un problema desde la perspectiva islámica. Existen intentos en todas partes del mundo islámico para reconciliar la *shari'a* con las instituciones financieras modernas. Así sea el método *hawale* de transferencia de dinero que traspasa los bancos modernos y depende de contactos personalizados entre los cuales se encuentran prestamistas, o la práctica de la obligación del rico para con el pobre al compartir el 5% de su riqueza, como lo dicta el Corán (una práctica que se encuentra parcialmente detrás de la fundación de las Madrassas por parte de personas ricas en todo el mundo islámico, éstas son instituciones religiosas para los niños huérfanos de la guerra en Afganistán), se han llevado acabo innovaciones institucionales como las que hacen que el Islam sea compatible con el capitalismo mundial. La amenaza de la separación de los ámbitos es principalmente una amenaza a vida familiar y personal.

El capitalismo global trae imágenes de libertad sexual y decadencia, emancipación femenina e igualdad entre los sexos en los hogares de las comunidades musulmanas autoritarias y patriarcales. Se identifica a los Estados Unidos con Holywood, y no con la Constitución o la Corte Suprema, o la legalidad del Puritanismo o reuniones municipales. Estas imágenes de rápida circulación sobre la libertad y decadencia sexual, destrucción física y la violencia se venden muy bien internacionalmente porque su mensaje es directo y puede extraerse de un matiz cultural y local.

En un mundo globalizado, no sólo las imágenes viajan, personas de todo el mundo islámico son parte de una gran diáspora de migración hacia Occidente. Una cantidad considerable de comunidades musulmanas existen en toda gran capital norteamericana o europea. Estas comunidades inmigrantes intentan practicar el modelo de separación de ámbitos en sus propios hogares. Pero los niños de inmigrantes musulmanes se encuentran atrapados entre dos mundos, ya sea a través de instituciones educativas o la influencia de la cultura masiva, si no son los padres, entre las estructuras familiares patriarcales y autoritarias de los cuales emergen y el nuevo mundo al que entran. Existe una renegociación de códigos morales enfrentados y orientaciones de valores en las mentes de la generación más joven y particularmente de las mujeres. Si queremos entender por qué tantos hombres musulmanes educados y bien acomodados de Hamburgo y París quisieran participar en las acciones del 11 de septiembre, tenemos que entender que la psicología de los musulmanes inmigrantes en su confrontación con las democracias liberales y seculares de occidente. Dado el fracaso de sus propias versiones de crecimiento familiar de modernidad como Nasserismo y el movimiento Ba'ath; dado el profundo asalto en su identidad como musulmanes que trae la industria del entretenimiento mundial y dados la profunda discriminación y desprecio que experimentan en sus sociedades receptoras como los nuevos inmigrantes y de quienes la gente piensa que su moral y estilo de vida están atrasados; muchos jóvenes cambian al fundamentalismo islámico. En un comentario sobre "l'affaire de foulard" (el asunto del velo) en Francia, muchas estudiantes tomaron los velos tradicionales no tanto como signo de sumisión al patriarcado religioso sino como un emblema de la diferencia y desafío contra la homogenización de las tradiciones republicanas francesas. Los sociólogos franceses Gaspard y Khosrokhavar capturaron este grupo de complejas negociaciones simbólicas de la siguiente manera: "[el velo] refleja en los ojos de los padres y de los abuelos las ilusiones de continuidad considerando que es un factor de discontinuidad; hace posible la transición a

otras cosas (modernidad), bajo el pretexto de identidad (tradición); crea el sentimiento de identidad con la sociedad de origen considerando que su significado está inscrito dentro de la dinámica de las relaciones con la sociedad receptora... es el vehículo para el paso a la modernidad dentro de una promiscuidad que confunde las distinciones tradicionales, para el acceso al ámbito público que estaba prohibido a las mujeres tradicionales como espacio de acción y la constitución de la autonomía individual..."[16]

Podemos intervenir en el proceso de complejas negociaciones culturales como socios del diálogo en una civilización global sólo en la medida que nos esforcemos por entender las luchas de los demás cuyas expresiones y términos pueden no ser familiares para nosotros pero los que no son tan diferentes de luchas similares en otros tiempos en nuestras propias culturas; a través de actos de fuerte generosidad hermenéutica, podemos extender nuestra imaginación moral para ver el mundo a través de los ojos de los demás[17]. Si bien creo que en esta etapa del conflicto, la utilización de la fuerza en contra de la red de Osama Bin Laden es inevitable y justificada, la real tarea política por venir es comprometerse en un diálogo con los corazones y mentes de millones de musulmanes alrededor de la Tierra (más allá de la venganza y sin esperanzas apocalípticas). Las democracias no pueden pelear guerras santas. La razón, compasión y respeto por la dignidad de la vida humana, la búsqueda de justicia y deseo de reconciliación son las virtudes democráticas que ahora enfrenta a los actos de odio y venganza apocalípticos.

Noviembre 2001

Este ensayo se publicará en Constellations: Un periódico internacional de Teoría Crítica y Democrática.

Pies de Página

[1] Ver Susan Stong, *The New Yorker*; Fred Jameson, *The London Review* y Slavoj Zizek, "El desierto de lo real, ¿Es esto una fantasía?, *In These Tim*es, 29 de Octubre, 2001.

[2] Solamente la analogía no es tan precisa, para los franceses colonizadores que eventualmente dejaron Argelia. Pero por el contrario, a pesar de todas las teorías, la población judía de Palestina no es colonizadora en el sentido tradicional del término. No se encuentran ahí para explotar a la población indígena o a sus recursos, sino para establecer un "suelo patrio judío", aunque pueda ser una visión problemática y trágica. El rechazo de la gran parte del mundo árabe por entender la singularidad del sueño que motivó la empresa Sionista, les facilita asimilar a Israel en el modelo del opresor occidental mientras ellos mismos se presentan como colonizados y oprimidos. Israel no se estableció como una fuerza colonizadora; se ha convertido en una desde la ocupación de la Franja Occidental y desde que dependen cada vez más del trabajo palestino para continuar con la expansión de su economía.

[3] Sin embargo, la monopolización de la violencia legítima por la asociación territorial y política y su alianza racional para un orden internacional no es nada primordial, sino un producto de la evolución. Max Weber, *Economía y Sociedad*, vol. 2, ed. Guenther Roth y Claus Wittich (University of California Press: Berkeley 1978), 904-905.

[4] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarism* (Los Origenes del Totalitarismo) Harcourt, Brace and Jovanovich, Nueva York, 1979 [1951], Parte Tres.

[5] Roxanne Euben, "*Killing (for) Politics: Jihad Martyrdom and Political Action* (Matando por la Política: Martirio de la Jihad y Acciones Políticas), "conferencia dictada en el Coloquio de Teoría Política, Yale University. 16 de Octubre, 2001. Próxima publicación: *Political Theory* (Teoría Política). Febrero 2002.

[6] Para una mejor aclaración de la situación actual desde el punto de vista de las leyes internacionales, ver Richard Falk, "Una respuesta justa", *The Nation*, 8 de Octubre, 2001.

[7] Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (El enfrentamiento de las civilizaciones y la Construcción de un Nuevo Orden; Simon and Shuster: New York, 1996), 2.

[8] Ver mi próxima obra, *Democratic Equality and Cultural Diversity. Political identities in the Global Era*. (Igualdad democrática y Diversidad Cultural. Identidades Políticas en la Era Global) Princenton University Press 2002. Discuto las dificultades conceptuales y explicatorias de las tesis de Huntington en la Introducción.

[9] Edward Said en Samuel Huntington, en Al-Ahram Weekly on line. Octubre 11-17 2001. No 555

[10] Roxanne Euben observa que el "Islamismo" es otra forma menos controversial de referirse al fundamentalismo islámico. En *Killing for Politics: Jihad, Martydrom and Political Action*.

Ensayo leído en el Coloquio de Ciencias Políticas de la Universidad de Yale, 16 de Octubre, 2001. Próxima publicación *Political Theory* (2002).

[11] Ver el excelente libro de Roxanne Euben, Enemy in the Mirror: Islamist Fundamentalism and the Limits of Modern Rationalism. (Enemigo en el Espejo: Fundamentalismo Islámico y los Limites del Racionalismo Moderno; Princeton, N.J. Princeton University Press, 1999)

[12] Euben, "Killing (for) Politics", 8

[13] Ver Sayres S. Rudy para un análisis teórico social más profundo de algunas de estos temas, "Globalización, Islamismo y Modernidad" (Globalización, Islamismo y Modernidad). Próxima publicación.

[14] Max Weber, "Rechazo religioso del Mundo y sus Direcciones", *Economy and Society* vol 1

[15] A fines de la década del 80, cuando visité Alemania por primera vez como un joven Alexander von Humboldt en Munich, me sorprendió la venta de las versiones en cassettes y videocintas de los cánticos del Corán en grandes centros comerciales. Grabados por conocidos *Muezzins* (cantores), estas cintas permitieron a los fieles utilizar la tecnología de la sociedad que los rodea, sin traicionarse. La ironía es que el canto del Corán, como la lectura del Talmud, El antiguo Testamento, a diferencia de la lectura de la Biblia, debe ser un acto de cantar, contar y recordar comunitario y colectivo. Los medios de la tecnología occidental

amenaza el género comunitario. El resultado puede ser una religión a al carta, como es conocido este fenómeno, también por muchos musulmanes.

[16] Francoise Gaspard y Farhad Khosrokhar, *El Velo y la República* (Decouverte: Paris, 1995), 44-45. Mi traducción.

[17] Trato con la ética de la comunicación y multiculturalismo en la obra Democratic Equality and Cultural Diversity. Political identities in the Global World (Igualdad Democrática. Identidades Políticas en el Mundo Globalizado). Ch. 5 (Próxima publicación).